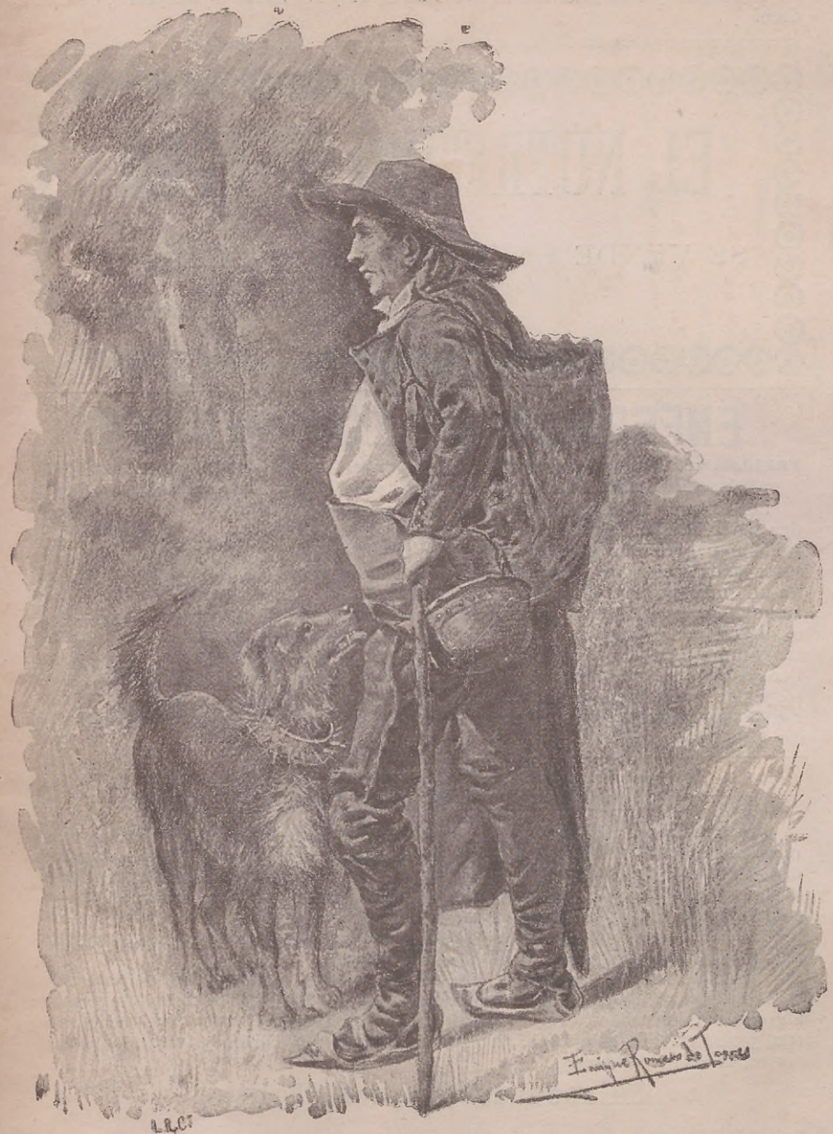
INSTANTÁNEA, por Baixeras.

Una posición naturalmente elegante.

Una... dos... tres... ¡¡Socorro!!

ALBUM DE LOS NIÑOS



UN PASTOR MONTAÑÉS, por Romero de Torres.

Núm. 21.

Precio: 15 cénts.

ALBUM DE LOS NIÑOS

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes.—Con la censura eclesiástica.

Precios de suscripción: Madrid y provincias, mes, 0,50 pesetas; trimestre, 1,25; semestre, 2,50; año, 5 pesetas. Extranjero, año, 10 pesetas. Número suelto, 15 céntimos.

Redacción y Administración: San Rafael, 12 y 13. Horas de despacho, de diez á doce.

EL NUTRITIVO HEYDEN

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS

Colecciónense las estampitas del Nutritivo Heyden.

ENFERMOS DE LOS NERVIOS

Vahídos, vértigos, histerismo, neurastenia, hipocondría, dolor, neuralgia palpitaciones nerviosas, gastralgia, apoplegía nerviosa, epilepsia, etc.

Los excesos de trabajos ó placeres, disgustos, preocupaciones, etc., acarrean fatiga y debilidad del sistema nervioso, que se traduce por desagrado, dolor ó jaqueca, ruido en el oído é insomnios ó pesadillas, falta de memoria y de resolución. En tales casos se duerme poco y con agitación, y al levantarse por la mañana se encuentra uno más cansado que cuando se acostó. Tiénese poca constancia en los tratamientos, y los enfermos que se encuentran en este caso cambian de médico y de medicinas con frecuencia, porque la impaciencia les devora. Tienen, por fin, carácter muy impresionable, y no les hacen caso cuando se quejan ni la familia ni el médico. Pero están bien enfermos los que tales martirios sufren; tienen agotamiento nervioso, y estos padecimientos, que hacen tantos locos, se curan empleando el **Antinervio»o Howard,** 4 pesetas boticas y droguerías de España. Depósito: G. García, Capellanes, 1, Madrid.

DENTICINA INFALIBLE

Preguntar á los millares de madres que salvan á sus hijos de la muerte, y os dirán que la **Denticina de Justo Fernández Izquierdo** es el pan bendito del hogar. No mueren los niños de la dentición, los salva aun en la agonía, les hace brotar la baba suprimida, corta la diarrea que les aniquila, extingue las erupciones de la boca que les molestan, les arregla el estómago, les hace arrojar la flema, impide la alferecía y brotan fuertes dentaduras y desencanija á los niños transformándoles en sanos y robustos. **Caja, 3 pesetas.**

Este específico, ya tan acreditado, se recomienda, sea adquirido del autor ó en casas de reconocido crédito; los imitadores, que no han podido competir, recurren á groseras falsificaciones con engaños, fingiéndose representantes de la casa, que no son, y ofrecen á bajos precios. El autor le remite por correo y ferrocarril á todas partes, desde su residencia,

Calzada de Oropesa (Toledo).

gordas como nuestra cabeza, de suerte que, para levantarlas, es menester mucha fuerza.

»Que es cuanto resulta de la visita que nosotros, los comisarios, hemos hecho del dicho hombre Montaña, é inventario practicado en su consecuencia, habiéndonos recibido con toda la urbanidad y respeto correspondiente á la comisión de V. M. Firmado y sellado el cuarto día de la luna ochenta y nueve del muy feliz reinado de V. M.

»Flessen Frelok.—Marsi Frelok.»

Leído que fué en presencia del emperador, me mandó, con mucha cortesanía, que le entregase todos estos efectos uno por uno. Lo primero que me pidió fué la espada. Á prevención, había dado orden para que, á distancia proporcionada, guarneciesen su puesto tres mil hombres escogidos entre sus guardias, armados de arcos y flechas; mas no lo había yo advertido por el pronto, porque tenía mis ojos fijos en S. M. Presenté mi sable. Díjome que le desnudase; obedecí, y aunque algo ultrajado del agua del mar, conservaba bastante brillantez. Causó tal alboroto entre la tropa, que al instante me mandó envainarle y que, sin dar golpe, le tirase en el suelo como á seis pies de distancia de donde alcanzaba mi

Consejo Imperial, varios oficiales del ejército, y entrando dos de ellos dieron cuenta de la acción que acababa de ejecutar con los seis criminales de que he hablado, la cual hizo una impresión tan favorable en el ánimo de S. M. y de todo su Consejo, que sin esperar más fué expedido un decreto imperial obligando á todas las aldeas de cuatrocientas cincuenta toesas en circunferencia de la corte, á que aprontasen en cada un día, por la mañana, seis vacas, cuarenta carneros y otros víveres necesarios para mi sustento, con cantidad proporcionada de pan, vino y otras bebidas. Y para el más pronto reintegro de estos gastos, hizo S. M. la asignación sobre su imperial erario.

Aquel príncipe no tiene otras rentas que las del patrimonio real, y solamente en urgencias muy interesantes impone tributos á sus vasallos, que tienen obligación de seguirle á la guerra á expensas propias. Asimismo destinaron para mi asistencia seiscientas personas con buenos sueldos, y abonada la construcción de tiendas de campaña muy cómodas, que pusieron á los dos lados de la puerta. También se decretó que trescientos sastres me hiciesen un vestido al uso del país; que seis literatos de los más sabios del imperio se encargasen de instruirme en su

idioma, y, por último, que los caballos del emperador, los de la nobleza y las compañías de guardias,

hiciesen con frecuencia el ejercicio delante de mí para acostumbrarlos á mi figura. Todos estos artículos fueron exactamente cumplidos. Yo hice rápidos progresos en el conocimiento del idioma de Lilliput, y entre tanto el emperador, no solamente me honraba con repetidas visitas, sino que, algunas veces, ayudaba á mis maestros.

Las primeras palabras que aprendí fueron las más precisas para pedirle mi libertad, manifestando el mayor deseo, y todos los días se las repetía puesto de rodillas; pero siempre me respondía que tuviese paciencia hasta que pasase algún tiempo, porque así

dedos una substancia luminosa. Aplicamos el oído á dicha máquina, y oímos un ruido continuo, poco menos que en nuestros molinos de agua. Juzgamos que esto no puede ser otra cosa que algún animal desconocido ó la deidad que él adora; pero nos inclinamos más á esto último, porque nos aseguró (si es que pudimos entenderle, pues se explica muy imperfectamente) que rara vez hacía alguna cosa sin consultarle primero; llamábale su oráculo, y decía que le señalaba el tiempo para cada acción de su vida. Del secreto colateral sacó una red capaz de poder servir á un pescador, con la sola diferencia de que se abría y se cerraba; dentro de ella encontramos diferentes piezas macizas, de un metal amarillo, que si son de verdadero oro, su valor será inextimable.

»Después de registradas sus faltriqueras con toda escrupulosidad, en cumplimiento de las órdenes de V. M., reconocimos también una faja que tenía alrededor de su cuerpo, la cual parece de la piel de algún animal exquisito, y pendía de ella, al lado izquierdo, una espada del largo de seis hombres. Al lado derecho tenía una bolsa ó faltriquera con dos senos, capaz cada uno de encerrar en sí tres robustos vasallos de V. M. En uno de ellos había muchos globos ó balas de un metal muy pesado, casi tan

ALBUM DE LOS NIÑOS

REVISTA

Infantil ilustrada.

Año I. | Madrid 30 de Septiembre de 1900. | Núm. 21

LA CONQUISTA DE CÓRDOBA

La casualidad hizo llegar á mis manos el núm. 317 de la Revista ilustrada *Nuevo Mundo*, correspondiente al 31 de Enero del año actual.

Le hojeé al acaso y me fijé en un trabajo firmado por el escritor heráldico «Vilches», denominado «Etimología del apellido Fernández de Córdoba». En él asegura que la conquista de Córdoba fué en 1233 y el primer soldado que tuvo la gloria de escalar los muros fué el valiente Domingo Muñoz, uno de los ascendientes de la casa de Aguilar y de Fernández de Córdoba.

A pesar de la autoridad que en heráldica debe de tener el Sr. Vilches, no dejé de dudar la parte de historia que citaba; y sin rectificar el año y sin aludir á lo expuesto, me permití preguntar en el *Averiguador infantil del* ALBUM DE LOS NIÑOS la siguiente, que fué publicada en el número 16 y dice así:

«10.—En la reconquista de Córdoba por Fernando III el Santo (año 1233), ¿quién fué el valiente soldado que primero escaló los muros y por qué punto lo efectuó?»

El Sr. D. Fernando Ferrer, en el núm. 17, tiene la bondad de contestar que «El primer soldado que escaló las murallas cuando su conquista por San Fernando, fué Benito de Baños, siguiéndole su compañero Alvaro Colodro. El punto por que lo efectuaron, francamente, lo ignoro».

Como se ve, existe disparidad de opinión entre los señores Vilches y Ferrer, en un punto concreto de la Historia de España, que no debía yo dejar pasar sin poner todos los medios para satisfacer mi curiosidad, excitada aún más por el desacuerdo de los susodichos señores.

Al efecto, la casualidad me ha protegido, poniendo á mi alcance un librito editado en Córdoba en 1868, denominado *Breve reseña de la conquista de Córdoba y del Santuario de su conquistadora Nuestra Señora de Linares*, en el que su autor, Dr. D. Rafael Díaz y Astorga, canónigo que fué de la Santa Catedral de dicha población, dice:

«Entre las muchas relaciones de la conquista de Córdoba formadas por varios escritores, preferimos la Memoria escrita por el caballero síndico á la sazón (1867) del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, D. Luis Ramírez y las Casas-Deza, al restablecer en el año 1842 dicha Excma. Corporación el aniversario de la conquista, no sólo por los profundos conocimientos adquiridos con asidua constancia por dicho caballero, catedrático jubilado de Historia del Instituto provincial, sino también por la autoridad de un documento basado sobre los que custodia en su archivo la referida Corporación municipal.»

.....

Pepito Fernández Cantueso.

(Continuará.)

CONSULTORIO DE PAPUSS

— Tilín, tilín, tilín. —Quien.
—¿Está el señor de Papuss?
—Sí, señor; ¿y qué quería?
—Es sencillo, hablar con él.
— Pase usted á su despacho.
— Muy buenos; ¿está usted bien?
— Voy mejorcillo, á Dios gracias.
— Pues yo vengo, ¿sabe usted?
á oir de su propia boca
la verdad. — Explíquese.
—Yo soy un pobre cesante
y soy colega de usted
en eso de la abstinencia
y me paso sin comer
aun sin exhibirme al público
mucho más tiempo que usted;
pero tengo seis muchachos
y la suegra y la mujer,
que el mejor día me comen,
y quiero que usted me dé
la receta portentosa,
con el sano fin de que
pueda meterlos en ¡¡¡urnas!!!
y así, en lugar de comer
siete días en semana,
que coman cuatro en un mes.
—Pues el caso es muy sencillo:
cójalos y métase
con su familia en la urna
ó en una tina ó cualquier
otro artefacto que tenga;
lleve estos frasquitos, pues,
y váyase descuidado
y en la urna espérese
hasta que vengan los suyos
y vuelva á emplearse usted.
—Adios, señor de Papuss;
un millón de ganas, ¿eh?
digo de gracias, Jesús
estoy loco de placer.
—Pues adiós, señor cesante,
ya le digo: espere usted
con su mujer y familia.
(Hasta el Juicio Final, ¿eh?)

En el siglo venidero
momias habrá á tutiplén
por querer copiar de Papuss
la virtud de no comer.

Félix Arranz.

PENSAMIENTOS

El hombre que no trabaja, se corrompe como el agua estancada, y su cuerpo se entorpece como la llave que no se usa.

—

El hambre se asoma á las puertas del hombre laborioso; pero no se atreve á entrar en ella.

—

La inteligencia se embota cuando no se ejercita.

—

Quien hace el bien, halla siempre recompensa.

—

Las cosechas sembradas en la tierra se cogen en el cielo.

—

La esperanza es el eslabón que nos une en el cielo.

—

Ignorantes son los negros de la casta blanca.

Campoamor.

Una escena de la ópera «La Dolores».

Cacofonía pura.

Dijo un jaque de Jerez
con su faja y traje majo:
Yo al más majo tiro un tajo,
que soy jaque de ajedrez.
Un gitano que el jaez
aflojaba á un jaco cojo,
agarró lleno de enojo
de esquilar la tijereta
y le dijo: —Por la jeta
te la encajo si te cojo.
—Nadie me moja la oreja
—dijo el jaque, y arrempuja;
el gitano también puja
y uno aguja y otro ceja,
en jarana tan pareja
el jaco cojo se encaja,
y tales coces baraja
que al impulso del zancajo
hizo que gitano y majo
volviesen á entrar en caja.

Por la copia,

Pedro Pita Pitañoso,

pobre pintor portugués, pinta paisajes preciosos
por poco precio
y piensa pasar pronto para París.

—¿Y qué diferencia hay entre tú y yo?

—En que *usté* es más guapo que yo y *vasté* más majo.

CUENTO

—¡Papá, papá!, decía
la tierna Rosa, del jardín volviendo:
la jaula que guardaste el otro día
no seguirá vacía,
porque he logrado el nido que estás viendo.
¡Mira qué pajaritos tan pintados!
en esa jaula les pondré su nido,
prodigaré solícitos cuidados
y á los que aprisionar he conseguido
les daré en constantes ocasiones
migas de pan, alpiste y cañamones;
luego la jaula pintaré por fuera
y mandaré que doren su alambrera...
pero ¿en qué estás pensando?
¿no me escuchas, papá? Te estoy hablando.
—Sí, querida hija mía,
pensaba, al escuchar esa querella,
que en la cárcel me han dicho que hay vacía
una celda muy bella...
y que te pienso trasladar á ella.
Como allí el reglamento es algo fuerte,
ni tu mamá ni yo podremos verte,
pero te mandaremos cien brocados
que aumenten tu hermosura
y haré dorar cerrojos y candados
y de bronce pondré la cerradura.
Pero... ¡cómo!... ¿llorando estás por eso?
—Ya no lloro papá, te he comprendido,
corro á llevar al árbol este nido
y vuelvo... por un beso.

R. de C.

CUENTOS EN PROSA

Los dos hermanos.

Caminaban juntos por áspera vereda; y, hacia el medio día, habiendo llegado á un soto ameno, sentáronse á la sombra de un árbol para descansar y almorzar.

Cuando se levantaron para proseguir su marcha, vieron que la piedra en que se habían sentado tenía una inscripción, y deletreándola muy despacio, porque estaba casi borrada, leyeron lo siguiente:

«¡Oh, caminante! Sigue la senda que indica la dirección de esta piedra, hacia Oriente. Encontrarás un río; vadéalo, y hallarás una osa con sus cachorros; apodérate de éstos y llévalos hacia la montaña vecina, sin mirar atrás; allí verás un palacio, y en ese palacio te esperará la felicidad.»

El menor de los hermanos dijo al mayor:

—Vamos juntos; así podremos ayudarnos al pasar el río y al coger los cachorros.

Pero el hermano mayor respondió:

—Yo no iré, y te aconsejo que no vayas. En primer lugar, ¿quién nos garantiza que esta inscripción dice verdad? ¿No puede ser el lazo de un malvado para despojar impunemente á los caminantes? Además, admitiendo que diga verdad; ¿estará muy lejos ese río, cuya dirección nos aparta de nuestro natural camino? ¿Podremos vadearle? ¿No será profundo y ancho, y acaso pereceremos en sus aguas?

Por otra parte, suponiendo que logremos vadearlo y en la orilla opuesta encontremos la feroz alimaña; ¿nó seremos víctimas de esa madre irritada, á la cual habríamos de robar sus cachorros? Más todavía: ¿llegaríamos á la montaña que la inscripción indica? ¿Conseguiríamos entrar en el palacio? ¿Qué clase de felicidad hallaríamos en aquella casa misteriosa?

El hermano menor, en oyendo estos prudentes consejos del mayor, impacientóse y contestó:

—No soy de tu opinión, hermano; lo escrito en esta piedra es claro y preciso; no ofrece duda alguna, y si no intentamos hacer lo que dice la inscripción, otro vendrá en seguida, lo hará y nos quitará una felicidad que hubiéramos podido encontrar nosotros.

Sin trabajo y riesgo, poco se consigue en el mundo. Además, no quiero que se me llame cobarde, medroso, ante el peligro de lo desconocido.

El hermano mayor replicó:

—Acuérdate, hermano, de este refrán: «Quien mucho abarca, poco aprieta», y de este otro: «Más vale pájaro en mano que ciento volando.»

—Sí, pero yo he oído encomiar esta máxima: «Bajo la piedra inmóvil, el agua no corre», y también esta otra: «Quien no se aventura, no pasa la mar.» Y así diciendo, el hermano menor se apartó del mayor, y dirigióse por el sendero que marcaba la inscripción de la piedra.

Y andando, andando llegó al río y pudo vadearle; en la orilla opuesta encontró la osa, y como la feroz alimaña estaba durmiendo, pudo robarla sus dos cachorros y huir con ellos hacia la montaña; en la cumbre de ésta se alzaba magnífico, palacio, ante el cual recibió al viajero un pueblo entusiasmado, que le proclamó rey de la comarca.

¿Había encontrado la felicidad?

¡Ah, no! Al día siguiente le movió rudísima guerra un reyezuelo, vecino envidioso de la gloria del rey novel, y le venció, le arrojó del trono y le amenazó de muerte.

Entonces el joven desventurado, por su ambición y su desobediencia, anduvo errante largos años por el mundo, hasta que logró encontrar á su hermano mayor.

Este moraba tranquilamente en la casa que heredó de sus padres y de sus abuelos, y vivía sin opulencia y fausto, pero sin pobreza, con el producto de su honrado trabajo.

Los dos hermanos se refirieron su historia desde el día de su separación.

—Me arrepiento de mis faltas, hermano—dijo el menor después de contar la suya.

—Aquí tienes mi amor y mi hogar—respondió el mayor abrazándole—; pero nunca vuelvas á desobedecer los consejos de la prudencia.

Conde Tolstoï.

EL BANCO DE ESPAÑA

Se halla emplazado en la calle de Alcalá y tiene tres fachadas: una á dicha calle, otra á la de Los Madrazo y la tercera la paseo del Prado.

Las obras dieron comienzo en el otoño de 1882, en el solar comprado al marqués de Alcañices y con los planos premiados en la Exposición de Bellas Artes.

Una vez empezadas las obras, se vió que era pequeño el solar para ellas destinado, haciéndose nuevas adquisiciones.

Todo el solar ha costado unos cuatro millones de pesetas, y su construcción otros diez.

Las fachadas son todas de piedra.

De los pisos, el sótano está destinado á cajas y oficinas de custodia de valores; el bajo, á archivos, fabricación de billetes y demás servicios reservados del Banco; el entresuelo se dedica á oficinas para servicios del público; el principal, á oficinas que no son frecuentadas por éste, despachos del gobernador y del secretario, Salas de Juntas, Secretaría é Intervención; y, por fin, el piso segundo para habitaciones de los cajeros y nuevas necesidades. Las mansardas ó guardillas á la francesa se destinan á habitaciones de celadores y porteros.

En la construcción, armadura y entramado de todos los pisos, no han entrado otros materiales que piedra, ladrillo y hierro fundido y forjado de Mieres (Asturias).

Los balaustres, columnas de los entrepaños y cariátides que decoran la fachada, son de mármol de Carrara, trabajado en Italia, según yesos españoles.

Las puerta-verjas exteriores, del más puro Renacimiento y exquisito gusto, han sido hermosamente forjadas por el señor Asíus.

La escalera principal es de mármol de Italia.

Las vidrieras de colores que le dan luz, son de Over Mayer, de la Real Fábrica de Munich, según cartones de la misma.

Además de esta escalera y de las de servicio, hay cuatro ascensores hidráulicos y cuatro monta-cargas.

El edificio está iluminado exterior é interiormente por luz eléctrica, y la calefacción á la altura de los adelantos modernos.

Los mármoles tallados son de D. Fausto Nicoli, y han trabajado en ellos escultores tan notables como los señores Samsó, Mollinelli, Franzani, Algueró y otros.

Las cubiertas de cinc y pizarra las ha puesto el señor Loubinoux, y los ascensores son obra de la acreditada fundición de Bonaplata.

Emilio Campoamor.

MADRID.—Banco de España.

EN LA PLAYA

I

Muchos son los encantos que el mar nos ofrece con las espumosas olas cuyos murmullos parecen contar en lenguaje misterioso los secretos de sus abismos al extenderse por la playa ó al chocar con las escabrosas peñas de la costa, saltando, furiosas, sobre éstas, como pretendiendo conquistar la tierra ó disputársela á los que, caminando sobre sus aguas, desafían su terrible poderío.

Todo parece risueño en el mar, todo poesía, mientras no hace alguna de las suyas al desatar sus iras rebelándose... ¿contra sí mismo? ¿Contra el hombre? ¿Es que quiere medrar con las lágrimas de la esposa ó de la madre que llora por el pescador que buscó el pan en el seno de sus ondas, por el viajero que fué á probar fortuna á la orilla opuesta ó por el soldado que iba á defender la integridad de su patria, y encontraron su sepultura como único premio á su laboriosidad y valentía?

He aquí un misterio.

Lo cierto es que á veces el mar sirve de instrumento á la justicia divina, interviniendo en los dramas que en él se desarrollan.

Un ejemplo de esto último puedo citaros. Ejemplo que he presenciado y que en muy pocas palabras os voy á referir.

II

Paseaba este verano por la arenosa playa de un pueblecillo de la costa del Cantábrico. Como el paseo me había cansado más que de costumbre y mi casa distaba todavía un buen trecho, traté de descansar y me senté en el borde de una de las muchas lanchas que el mar había dejado en seco al bajar la marea.

Un buen rato haría que me encontraba allí, cuando vino á distraerme en mis reflexiones el animado diálogo que sostenían dos valientes muchachos á quienes conocía yo por su arrojo, rayano en la temeridad, cuando lo exigían los peligros de la pesca.

Eran Ramón y Toñuco, que así se llamaban los protagonistas de mi cuento, dos muchachos de unos dieciséis y quince años respectivamente, sanos y robustos, con la cara, brazos y piernas, desnudas éstas hasta la rodilla, curtidos por el agua, el sol y el trabajo, fuertes como robles; tenían, en fin, el corte de los hombres de mar.

Casi de la misma estatura, hubieran podido pasar por hermanos; pero fijándose algo más se apreciaba en ellos alguna diferencia. Ramón, el mayor, tenía un no sé qué tan especial que dejaba adivinar, aun sin tratarle, un carácter brusco y dominante que prevenía desde luego en contra suya. Y si á esto se añade lo que algunos aseguraban, esto es, su poquito de envidia hacia los que la suerte les favorecía en la pesca...

Toñuco, aunque no tan bien formado, era otra cosa. Condescendiente, servicial, buen compañero y capaz de quedarse sin camisa, como vulgarmente se dice, por socorrer una necesidad.

De la conversación que ambos sostenían no pude percibir más que el final, qué fué, poco más ó menos, como sigue:

—No te creo capaz de hacer lo que dices—exclamó Toñuco envolviendo en su dulce mirada á Ramón.

—Puedes creerlo con certeza. El día en que salgamos á pescar y encuentre á Tinaco mirándome como si quisiera decirme: «no llegarás donde yo llego», ese día, repito, soy capaz de hacer una que sea sonada.

—Te aconsejo—contestó Toñuco—que no pienses esas cosas; además, Tinaco alterna con nosotros en el trabajo y en este momento se encuentra en alta mar. Por cierto que me extraña mucho no ver ninguna vela, y la tarde se va poniendo cada vez más fea, según se aproxima la noche.

En efecto; grandes nubarrones que aparecieron donde el mar se junta con el cielo, iban poco á poco corriéndose amenazadoras sobre el firmamento. El sol debía haberse escondido hacía un buen rato.

No sería muy grande el transcurrido desde que Toñuco pronunció las palabras que dejo apuntadas, cuando terminado el arreglo de la red, en que se habían ocupado hasta entonces, Ramón y él se despidieron con un «hasta mañana», por parte del primero, y un «si Dios quiere» con que le contestó Toñuco.

La noche se anticipaba á pasos agigantados y como ya nada me retenía en aquel sitio, proseguí mi interrumpido camino.

III

Uno de los dos promontorios que forman la parte de la bahía está formado por un acantilado elevadísimo y como cortado á pico, formando con la superficie del mar un ángulo agudo, cuyo vértice era la obra continua de destrucción de las aguas.

Como á la mitad de la tapia de roca y abierta en ella por el mar en otros tiempos en que su nivel era más alto por aquellos sitios, se abría una cueva profunda, cual si la Naturaleza la hubiera destinado para balcón desde donde se pudiera divisar la inmensidad del líquido elemento.

NOTA ARTÍSTICA

Una víctima del invierno.

Un tonto siempre es importuno; el que no es tonto, siempre conoce si importuna ó agrada su presencia.

—

Sólo el necio pedante no estima los consejos ni quiere que le corrijan sus obras.

COLABORACIÓN INFANTIL

ILUSIÓN DESVANECIDA

Pues, señor, soy dichosa, completamente dichosa, y me asombra el oir constantemente á todo el mundo que no hay felicidad completa sobre la tierra.

Ayer he cumplido doce años; soy, por lo tanto, casi una señorita, y para celebrar el aniversario de mi nacimiento, me han regalado tantas, tantas cosas, que la verdad, estoy satisfechísima, casi loca de contenta. El mejor de todos mis regalos ha sido sin duda el de mi padre; ¡qué bueno es mi papaíto, que ha tenido el generosísimo arranque de darme un billete de 50 pesetas! Diez duros, ¡qué fortuna! fortuna con la que voy á realizar la más bella de todas las ilusiones; voy á comprar esa preciosa muñeca de casa de Medel, esa muñeca que anda, ríe y llora y que es mi encanto desde hace ocho larguísimos días que la visito constantemente en su lujoso escaparate.

Ayer por la tarde llevaba yo mi dinero, y al dar el primer paso para entrar en la tienda, pasó á mi lado esa pobrecita vieja que vive en la guardilla de mi casa, llevando de la mano á su nietecita, á Luisilla, y con acento triste que traspasó mi corazón, me pidieron por Dios que las socorriera. Isidora, la doncella que me acompañaba, sacó algunos céntimos de su bolsillo, y yo, sin saber por qué, sin explicarme la causa, sentí como remordimientos de conciencia y volví á casa sin llevar á cabo mi proyecto. Empecé á pensar en que aquella que vivía en mi misma casa tendría hambre, tendría frío, y en que cualquiera de mis estropeados juguetes le hubieran parecido pedacitos de gloria.

Por fortuna, aparté pronto de mí tan tristes pensamientos, y cuando después de jugar y cenar me acosté, pasé toda la santa noche pensando en las delicias que ha de proporcionarme mi idolatrada muñeca; porque sí, señores, hoy la compro, la compro de fijo, suceda lo que suceda y sin acordarme para nada de lo que no me importa, por ejemplo, de la pobre Luisilla y de su abuelita, porque si empiezo á pensar que estas infelices carecen acaso de pan y que con mis diez duros tendrían hasta para comprar medicinas á la pobre niña que está tan anémica... pero nada, nada, no se los doy, qué disparate, entonces me quedaría sin ese juguete con que tantas noches he soñado y que tanto han de envidiar mis compañeras de colegio.

Verdad es que también mi vecinita se quedará sin muchas cosas y hasta puede morirse, sí, se morirá por falta de dinero, ¡qué horror!... todo no puede ser... Dios mío, Dios mío, ¡por qué no tendré yo veinte duros!... Bien dice todo el mundo que no hay dicha completa sobre la tierra. Pero nada, nada, es preciso decidirse: ó yo me quedo sin muñeca ó Luisilla sin pan; esto sería horrible; y yo no puedo cometer semejante infamia... Isidora, Isidora, ven, sube corriendo, corriendo, sin que nadie te vea, y di á las pobrecillas de la guardilla que ayer he cumplido doce años, ayer; y como soy casi una mujercita y no necesito juguetes, quiero celebrar el día de mi santo y allá van esos diez duros para que me quieran y digan á Dios que me haga buena.

Lo de la muñeca fué una ilusión perdida; pero si alguna vez al contemplarla en su escaparate la miro con deseo, la imagen sonriente de mi pequeña protegida reaparecerá ante mis ojos y soy feliz, completamente feliz al ver que, gracias á mí, sus mejillas son encarnadas, sus sueños alegres y su salud completa.

Aurora Ezquerra Fernández Villasante.

—¿No sabes lo que me ha dicho mamá?
—No.
—Pues que el ministro de Instrucción pública ha mandado á todas las escuelas la **Emulsión Espinar** de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y sosa, y el **glicerofosfato de cal granulado Espinar** que tomamos en nuestra convalecencia y que nos recomendaron los médicos contra la *Anemia, Clorosis, Linfatismo, Escrófula,* etc.; es necesaria á las madres que crían á sus hijos y conveniente en la convalecencia de todas las enfermedades.

Venta: Principales farmacias y droguerías de España, Canarias y América. Laboratorio J. G. Espinar. Coliseo, 2. Sevilla.

A UNA NIÑA

¡Cuán bello el sol se ostenta en limpio cielo
allá en la primavera,
bañando de colores y alegría
la florecilla tierna!
Su brillo ¡ay! oculta en un momento
la nube más ligera.
Ten cuidado que el sol resplandeciente
de tu pura conciencia,
jamás se vea oculto por las nubes
de la ruin impureza.

Joaquín G. de la Llana.

HISTÓRICO

Cierto día, cuando era yo muchacho,
concluí de almorzar, me fuí al despacho
y del postre, que fué melocotón,
royendo el hueso me asomé al balcón.
Dió la casualidad que en tal instante
pasara por la acera un caballero
joven, buena figura y elegante,
luciendo un hermosísimo sombrero
nuevecito, flamante:
y al verle tan paquete y atildado
se me ocurrió (¡diabólica ocurrencia!)
dispararle aquel hueso tan chupado
con tanta violencia
y vista y puntería tan certera,
que le dejé abollada la *chistera*.
Para ocultar mi acción
me retiré en seguida del balcón,
sin poder contener la carcajada
que me dió ver la *chita* apabullada.
Se armó con tal motivo el gran barullo,
y yo, puesto detrás de los visillos,
oía de las gentes el murmullo
al comentar mi hazaña en los corrillos,
y veía reir á los chiquillos
celebrando mi bárbaro apabullo;
lo cual enardecía
el furor de aquel joven elegante,
que, de muy mal talante,
su auxilio reclamó á la policía,
y con ella subió soberbio y fiero,
hasta el piso tercero,
sin entresuelo, donde yo vivía.
Y después de escuchar sus justas quejas,
mi madre, por salvarme, negó el hecho,
haciendo que bajara sus orejas
y se fuera, aunque no muy satisfecho,
á buscar á otro lado
al autor del diabólico atentado.
Mas, apenas bajaron la escalera,
mi madre castigó mis fechorías,
poniéndome de un modo la trasera,
que no pude sentarme en ocho días.
Fué una buena lección
que me enseñó á tener más reflexión.

A. M. Delgado.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Todas las cartas han de venir acompañadas de sellos para la contestación.

No se devuelven los originales.

Los pagos han de hacerse en sellos de correo certificado, ó en libranza del Giro Mutuo.

Srta. L. A. H.—¿Tiene la bondad de decirme de qué autor fué el verso que me remitió?

F. Acevedo.—Se publicará cuando tenga cierta oportunidad.

D. A.—Le digo á usted lo mismo que á la señorita L. A. H.

L. S. y C.—Esos dibujos dejan mucho que desear. Le aconsejo asista á la Escuela de Artes y Oficios, que acaba de abrir el curso, donde puede *empezar* á perfeccionarse.

F. y R. de P.—Me parece demasiado copiar de libros ó periódicos.

Rafael Ortega.—Complacido.

Lorenzo Jou.—Remitidos números.

Rita María Vázquez.—Idem íd. El aviso del Sr. Fe no llegó á esta Administración.

M. Pons.—Anotado pago. Se remite recibo. Cuando le falte algún número pídale, remitiendo una faja con un cuarto de céntimo y en el respaldo indicado el número que se le ha de enviar.

Aurora. Su artículo no se publicó en el núm. 20 por falta de espacio. Cumplido su encargo. Muchas gracias, y... continúe.

C. Puig.—En su nuevo domicilio no le encuentran á usted. ¿En qué consiste?

R. Quiroga.—Hecho su encargo. Los giros á nombre del administrador.

CADENA

Remitida por Manuel Aguado.

1. Nombre de mujer.—2. Lo que es cualquier suscriptor de ALBUM DE LOS NIÑOS.—3. División del tiempo.—4. Verbo regular.—5. Tejido.—6. En el convento.—7. Metal.

CHARADA

Remitida por B. R.

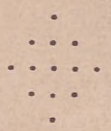
A mi *prima una dos tres*
dile, querida *una una*,
que no sé *dos tres*, por Dios,
cuándo vea al de Porcuna.

FUGA MIXTA

L.s d..s s..l.n c.rr.r
. .o .o. e.o. .e .o.:
.y.r n nc. s.r. h.y,
. .o. .a.a.a .e.á a e.

ROMBO

que remite el niño Alfonsito Calbacho.

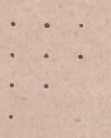


Substituir puntos por letras de manera que diga, leído vertical y horizontalmente:

1. Consonante.
2. Pariente.
3. Para escribir.
4. Verbo en imperativo.
5. Vocal.

TRIÁNGULO

Remitido por Carlos Muñoz.



Substituir los puntos por letras, de modo que horizontalmente se lea: primero, nombre de varón; 2.º, nombre de mujer; 3.º, provincia de León; 4.º, preposición, y 5.º, vocal.

—Esta es la última vez que te lo digo. Es preciso que desde hoy en adelante te cuides de dar á tus hermanos **Vino de hemoglobina Espinar,** recomendado con éxito por los principales médicos de España para curar la *Clorosis, Palidez, Anemia* y *Pobreza de sangre*, es el más á propósito para los niños. Se vende en las principales farmacias y droguerías de España, Canarias y América. Laboratorio: J. G. Espinar, Farmacéutico, Coliseo, 2, Sevilla.

Imprenta de Antonio Marzo, calle de las Pozas, 12

gruesa pieza de madera de mayor anchura, que tenía á un lado otras varias piezas, también de hierro, trabajadas de relieve, y terminaban con un guijarro cortado en declive; no supimos lo que era esto. Y en la faltriquera compañera había otra máquina de la misma especie. En la faltriquera pequeña del lado derecho había varias piezas redondas y llanas, de metal rojo y blanco, de diferentes tamaños; algunas de las blancas, que nos parecieron de plata, eran tan anchas y pesadas, que entre los dos apenas podíamos levantarlas. Item, dos alfanjes de bolsillo bien afilados, cuya hoja se doblaba sobre un canal que tenía la empuñadura, y estaban colocados en una gran caja ó estuche. Aún faltaban dos faltriqueras que registrar, á las cuales llamaba el secreto: estas eran dos cortaduras en la parte superior de su tapamedio; pero muy estrechas por razón del vientre que las oprimía; por fuera del secreto de la derecha, colgaba una terrible cadena de plata, y al extremo interior tenía una máquina sumamente prodigiosa. Le pedimos que sacase todo lo que correspondía á dicha cadena, y vimos salir una especie de globo, la mitad de plata y la otra mitad de un metal transparente, con algunas figuras muy extrañas delineadas en círculo; creímos poder tocarlas, pero nos detuvo los

convenía; que no podía determinar por sí solo este negocio sin consultar á su Consejo, y que, en el caso de conformarse, era preciso exigirme un solemne juramento de guardar paz inviolable con él y con sus vasallos; que no me apresurase y sería tratado con toda la benignidad posible, y que, entre tanto, procurase conservar su estimación y la de sus súbditos con la resignación y una buena conducta. También me previno que no tuviese á mal si acaso daba orden á dos oficiales para que me registrasen; porque verosímilmente podía llevar conmigo algunas armas ofensivas y perjudiciales á la seguridad de sus dominios. Yo le respondí que estaba pronto á desnudarme en su presencia, y vaciar todos mis bolsillos; á esto me replicó que por leyes del imperio era forzoso hiciesen el reconocimiento dos comisarios, que bien sabía no podía ejecutarse sin consentimiento mío, y que, en prueba del buen concepto que de mí había formado, vería como ponía, sin recelo, á sus comisarios en mis manos. Que si estos me recogían alguna cosa, me sería devuelta fielmente cuando me retirase del país, ó se me pagaría completamente su valor por el precio que yo mismo pusiese.

Con efecto, vinieron los dos comisarios á hacer la

visita, y yo mismo los introduje en un bolsillo de la casaca, y sucesivamente en los demás.

Estos oficiales iban prevenidos de papel, tintero y plumas; hicieron un inventario muy exacto de todo cuanto vieron, y luego que acabaron me pidieron los volviese al suelo para ir á dar cuenta de su comisión al emperador.

El inventario estaba concebido en estos términos: «Primeramente, en la faltriquera derecha de la

casaca del gran hombre Montaña (doy esta significación á las palabras *quimbus flestrin),* habiendo practicado un exacto registro, no hemos encontrado más que un retazo de tela ordinaria, que puede muy bien servir de alfombra en el salón de respeto de V. M. En la izquierda hemos encontrado un cofre de plata muy grande, con su tapadera del mismo metal, la cual no pudimos levantar; suplicamos á dicho hombre Montaña que le abriese, y habiendo entrado en él uno de nosotros, los comisarios, se halló atollado en polvo hasta las rodillas, de suerte que no dejó de estornudar en dos horas, y el otro en siete minutos. En la faltriquera derecha de su chupa, encontramos un paquete disforme de substancias blancas y delgadas, doblada una sobre otra, cuyo volumen sería como el de tres hombres de nosotros, y estaban atadas con un cable fortísimo: por unas figuras negras que tenían, discurrimos serían escrituras. En la izquierda había una gran máquina plana, armada de unos dientes gruesos y muy largos, al modo de las empalizadas que resguardan los jardines de V. M. En la faltriquera grande del lado derecho de su tapamedio (quiero dar esta significación á la palabra *ranfulo,* con que pretendían explicar mis calzones), vimos un pilar enorme de hierro, hueco, unido á una

FEBRÍFUGO INFANTIL SANTOYO

¡QUININA DULCE!

Cuatro Medallas de plata.—Un Diploma de mérito.

Utilísimo en todas las edades, por su eficacia, es irreemplazable en la niñez, por su sabor apetitoso.

«**Llena un gran vacío en la Terapéutica infantil, pues une a su gratísimo sabor una gran eficacia**». Así juzgan al **Febrífugo infantil Santoyo** multitud de periódicos médicos tan respetables como *El Genio Medico*, *La Medicina Rural*, la *Revista de Terapéutica*, *El Jurado Médico Farmacéutico*, *El Diario Médico Farmacéutico*, *La Correspondencia Médica*, la *Revista de Beneficencia y Sanidad*, los *Anales de Otología y Laringología*, los *Archivos de Medicina y Cirugía de los niños*, y médicos tan eminentes como Tolosa Latour, Tejada y España, González Alvarez, Martínez Estevan, Mesa de Santa Olalla, Avilés, Torres Martínez y otros muchos. Al prospecto detallado, que se envía gratis á quien lo pide, acompañan los comprobantes de esta afirmación.

Por espacio de dos años se han remitido muestras gratuitas á cuantos médicos las han pedido.

La *quinina*, en este medicamento, ha dulcificado, al par que su sabor, su acción irritante del aparato digestivo.

Multitud de codiciosas imitaciones ha sancionado la importancia de este producto.

Hay *papeles y napolitanas* de cuatro granos á 2 pesetas caja de tres papeles o tres pastillas, en las farmacias. Dos cajas van por correo, certificadas, sin aumento.

Los pedidos, al **Dr. Santoyo,** subdelegado de Farmacia de Linares **(Jaén)**